**Las contribuciones de la mujer a la Revolución Mexicana a través del personaje Jesusa Palancares en la novela *Hasta no verte, Jesús mío***

 El papel que la mujer jugó en la Revolución mexicana es poco notable en los textos históricos. En el Cine mexicano algunos productores han llevado a la pantalla grande el rol que la mujer desempeñó en dicha revolución, pero ésta no está bien representada. Durante y después de la Revolución, se escribieron corridos acerca de la valentía de los hombres que estuvieron en el campo de batalla, muy pocos se escribieron acerca de la mujer. La historia, generalmente, se cuenta desde la perspectiva masculina. Se sabe de hombres valerosos que fueron participes de este acontecimiento que cambió la historia y el rumbo de México; sin embargo, casi nada se sabe a cerca de las mujeres que con sus contribuciones hicieron que esta Revolución fuera posible. Es por esta razón que autoras como Elena Poniatowska han dedicado parte de su carrera a resaltar la contribución de la mujer en la Revolución mexicana. El mejor ejemplo de la mujer revolucionaria lo representa Jesusa Palancares en la famosa novela *Hasta no verte Jesús mío*.

 La era del Porfiriato duró alrededor de treinta y cinco años, en el año 1910 estalló la revolución. Bajo el mando del Señor Porfirio Díaz, el país gozó de gran estabilidad. Por desgracia, esa estabilidad sólo les pertenecía a las familias de la aristocracia ya que la situación de las clases media y baja empeoraba conforme el tiempo pasaba. El hambre y la injusticia llevaron a éstos a aliarse para hacerle frente a su gobierno, el cual los había ignorado por más de tres décadas. La injusta distribución de riquezas y tierra, la explotación de los trabajadores, la corrupción política y administrativa, y la negación de la democracia fueron algunas de las principales causas que llevaron a los mexicanos a iniciar el movimiento revolucionario. Uno de los personajes que dio inicio a este movimiento fue el empresario liberal, Francisco Ignacio Madero, quien trabajó arduamente para que el pueblo mexicano no reeligiera a Díaz. Fue apresado por oponerse al gobierno porfirista; durante su estancia en la cárcel, Madero propone el Plan de San Luis Potosí. De acuerdo con el texto *Modern America*:

The Young rebel, now emboldened, refused to recognize the legitimacy of Diaz’ reelection. Instead he issued (while in jail…) his famous *Plan de San Luis Potosí* and called for arm resistance… In a surprising show of weakness, Diaz suddenly capitulated and left the country in May 1911. (55)

Tras la partida de don Porfirio Díaz, Madero asumió la presidencia. Junto a Madero, surgieron varios hombres importantes para la historia de México. En el suroeste del estado de Morelos, Emiliano Zapata con su lema de “Tierra y Libertad” reunió a los pobres quienes buscaban obtener un pedazo de tierra. Después del asesinato de Madero, Victoriano Huerta tomó las riendas del país. En Chihuahua, Huerta tenía a un gran rival, Pancho Villa. Villa, al contrario de Zapata, no buscaban un pedazo de tierra sino trabajo digno. Venustiano Carranza destituyó al Presidente Huerta acusándolo de usurpador, convirtiéndose él en el nuevo presidente de la república. *Latinoamérica su civilización y su cultura*, expone, “… Carranza también cayó asesinado cuando huía en un tren cargado de oro. Con él terminó en 1920 la etapa bélica de la Revolución” (Chang-Rodríguez 197). Una serie de sucesos revolucionarios provocó que México tuviera varios gobernantes en menos de una década y que el país se bañara de sangre. La inestabilidad política causó estragos entre la gente humilde. En el artículo *La novela de la Revolución Mexicana: la topología del final* de Juan Bruce-Novoa, se comenta:

La Revolución devora a sus participantes, degradándolos o destruyéndolos, a menudo expulsándolos ya destrozados o muertos, sin ofrecer a cambio un mejoramiento verdaderamente nacional, sino apenas parcial, reservado a menudo para la elite del partido triunfante y las clases dominantes. (39)

Esta cita nos muestra claramente que mientras la clase dominante peleaba por el poder, los pobres luchaban por mantenerse vivos; las batallas revolucionarias les arrebataban lo poco que poseían. Pero éstos no se dieron por vencidos y continuaron luchando en la Revolución hasta su fin y sin obtener mucho a cambio.

Años posteriores a la Revolución, como lo cuenta Bruce-Novoa, surge un nuevo género literario, La novela de la Revolución, “Lo que ahora llamamos la Literatura de la Revolución mexicana, por la mayor parte no se produjo durante el conflicto mismo, sino una década o más después de las batallas culminantes” (36). Esto nos muestra cómo en muchas de las situaciones que atraviesan los países los escritores sienten la necesidad de redactar los acontecimientos que impactan el rumbo de la historia; la Revolución mexicana no fue la excepción. Acerca del tema Eugenio Chang-Rodríguez escribe en su artículo *La novela de la Revolución Mexicana y su clasificación*, “Para grabar la historia de su pueblo, el novelista mexicano se vale principalmente de personajes históricos y de alguno que otro personaje ficticio” (531). En la mayoría de las novelas de la Revolución se expone a la iglesia y al gobierno como los principales causantes de la desesperación que lleva al pueblo a rebelarse. La iglesia trata de mantener al pueblo ignorante para que así el gobierno pueda controlarlos. Algunas de las novelas revolucionarias relatan como el pueblo se levanta en armas contra la corrupción, así como también lo que se vive en los campos de batalla. Los autores transmiten en sus obras la inconformidad que sienten ante el estado en que las clases bajas se hallan. Esto lo vemos reflejado en la novela de la Revolución, la cual está dividida en tres diferentes categorías, esto se debe en gran parte a que la Revolución se divide en tres diferentes etapas: pre-revolución, etapa bélica, y pos revolución. Para cada una de estas tres etapas sobresalen excelentes ejemplos novelísticos de lo que sucedió durante este tiempo. Chang-Rodríguez da su punto de vista referente a algunas de estas obras:

…la novela de la Revolución Mexicana traza una curva ascendente ondulatoria en la cual hay siete prominencias que coinciden con las siete mejores obras: Al filo del agua, Los de abajo, El Águila y la serpiente, La sombra del caudillo, El indio, La vida inútil de Pito Pérez y Ulises criollo. (534)

 Como podemos ver este género literario ha servido como un importante recurso didáctico para aprender de la situación que se vivió México durante su revolución.

 A pesar de que hay un género literario a cerca de la Revolución, muy poco se habla en ella sobre la mujer revolucionaria, quien como veremos más adelante fue de gran importancia durante este movimiento. En la mayoría de las obras existe la presencia femenina, pero la presencia del hombre es la que se sobresale. Esto claramente nos muestra que la contribución de la mujer, a pesar de ser transcendental, pasó a ser de segundo término en el género literario que hemos mencionado anteriormente, La novela de la Revolución. La autora Nellie Campobello redactó dos obras sobre sus vivencias en la Revolución: *Cartucho y Las manos de mamá*. Ella es la única autora dentro de este género literario que brinda relatos de primera mano referente a los sucesos que vivió de niña junto a su familia durante la Revolución. A pesar de que Campobello hizo con su obra una simbólica contribución a la literatura mexicana, ésta no fue tan apreciada como las obras de otros autores.

 Al igual que Nellie Campobello, Elena Poniatowska ha escrito sobre cosas que impactan a México y que no siempre están bien representadas. A pesar de no haber recibido un título universitario, Poniatowska asegura que su mejor educación la recibió en la calle. Aprendió de importantes personajes como Octavio Paz, Juan Rulfo, Diego Rivera, y Rosario Castellanos. Siendo muy joven trabajó para el periódico el Excélsoir; aunque no había mucha oportunidad para las mujeres, sus artículos se distinguían. Fue ahí donde Poniatowska aprendió sobre los problemas sociopolíticos y comenzó a escribir a cerca de ellos. Sus obras describen la visión que la mujer tenía del mundo: luchas sociales, vida cotidiana, denuncias sociales, y la literatura. Poniatowska es una escritora versátil, que escribe en diferentes géneros literarios: entrevista, cuento, teatro, crónica, testimonio, novela, ensayo, y biografía. Es más conocida por sus entrevistas y libros de testimonios. Por ejemplo, *La noche de Tlatelolco* (1971) y *Hasta no verte Jesús mío* (1969), que es la fuente principal que estamos utilizando para llevar a cabo este estudio. Dedicó todo un libro de testimonios a los jóvenes, del movimiento estudiantil, que murieron el 2 de octubre de 1968 en manos del gobierno mexicano. Lo hizo con el propósito de recordar a las víctimas y para que la gente se diera cuenta de las atrocidades que el gobierno trató de encubrir. En *Hasta no verte Jesús mío*, resalta la contribución de la mujer en la revolución, tema del que se habla poco en la novela de la Revolución. A pesar de que en su tiempo varios intelectuales literarios no valoraban su trabajo, Poniatowska recibió varios premios importantes. Esto demuestra que la distinguida autora se ha sabido ganar un lugar importante en la literatura, pues escribe sobre cosas que muchos intelectuales algunas veces dejan a un lado.

Elena Poniatowska tomó el testimonio vívido de una soldadera revolucionaria para escribir la novela *Hasta no verte Jesús mío*. La novela no puede ser clasificada en el género literario del testimonio puesto que la autora añadió sus propias ideas para hacerla más interesante. Se dice que Poniatowska encontró a Josefina Borquéz, en quien está basado el personaje principal de la novela, en una lavandería en donde la señora Josefina estaba contando sus experiencias en la Revolución. La autora comenzó a frecuentar a Josefina en su casa para entrevistarla y de esa manera aprender un poco más sobre sus vivencias como soldarera. Se presume que Poniatowska no incluyó todo lo que esta señora compartía, es por eso que la novela no puede ser clasificada como testimonial. A pesar de no ser completamente un testimonio, la novela hace una elocuente descripción de la vida de una soldarera en la Revolución Mexicana.

*Hasta no verte Jesús mío* tiene dos narradoras: Jesusa Palancares, quien es la protagonista de la novela, y la autora Elena Poniatowska. Jesusa se presenta como un personaje intrusivo, la novela presenta varios personajes que son de suma importancia en su vida: Felipe (su padre), Evarista (su madrastra), y Pedro Aguilar (su marido). Dentro de la vida de Jesusa se desarrollan diversos temas: conformismo, humillación, rivalidad, migración, muerte, machismo, la soldadera, religión, idealización del hombre, violencia, sabiduría, guerra, y la pobreza.

Jesusa, quien es la protagonista, narra los acontecimientos de su vida a través del tiempo. Desde muy chica queda huérfana de madre; su padre buscó a otras mujeres para que se hicieran cargo de la crianza de ésta y de la de su hermano menor, Emiliano. Era en vano esta búsqueda porque Jesusa siempre terminaba corriendo a esas mujeres de su casa, puesto que ella quería ser la única en la vida de su padre. Evarista, fue a la única mujer a la que ésta aceptó; fue esa madrastra la que le enseñó a valerse por sí misma. A una edad muy temprana comenzó su vida de revolucionaria, al lado de su padre, Felipe. Fue ahí, donde conoció a Pedro Aguilar, con quien contrajo matrimonio a la corta edad de quince años. Pedro, como la mayoría de los hombres de la revolución, maltrataba a su esposa. A pesar de ser una esposa relativamente joven, Jesusa cumple con sus deberes como mujer dentro de la Revolución. Jesusa, tras la muerte de Pedro, su marido, durante una batalla con los villistas, queda viuda a los dieciocho años de edad. Pero ésta se había quedado sola mucho antes que su marido muriera, sabía que no podía contar con alguien para que la sacara de apuros. El gobierno de Carranza le dio la espalda quitándole el poco dinero que se merecía por ser esposa de un capitán. Durante toda su vida tuvo diversos trabajos, y jamás pidió limosna. Vivió en un sin número de lugares, por diferentes estados de la república mexicana; fue de esta manera que conoció a distintas personas. A pesar de que tuvo varios pretendientes nunca se volvió a casar, tampoco tuvo hijos propios. Cuando ya era mayor adoptó a 2 o 3 hombrecitos, todos en distintos tiempos, pero éstos también la abandonaron. Ella decía que era una mujer muy inteligente, usaba esa inteligencia para poder sobrevivir. Usó la Obra Espiritual como religión durante muchos años y como cura para sus enfermedades físicas y sicológicas. Al final, sólo deseaba morir en algún cerro lejano, como los cerros en donde pasó su niñez.

Jesusa Palancares representa a la soldadera en la novela *Hasta no verte Jesús mío*. La palabra soldadera no se encuentra en el diccionario, tal como lo expone Anna Macías en su artículo *Women and the Mexican Revolution, 1910-1920*, "Yet the word soldadera, as it applies to a clearly obervable phenomenon in Mexican history, is not to be found in standard dictionaries of the Spanish language, even in dictionaries which include Spanish-American Colloquialisms" (71). Uno de los pocos diccionarios que ha incluido esta palabra es el *WordReference*. La palabra soldadera se define como una mujer que acompañaba a los soldados o luchaba con ellos durante la Revolución Mexicana. Eso significa que no importaba cual era el trabajo que desempeñaba la mujer que seguía a la tropa, todas eran consideradas *soldaderas*.

Las mujeres desempeñaron diferentes roles durante las distintas etapas de la Revolución, tal como lo describe Jesusa en la novela. Su contribución fue de gran ayuda para los diferentes ejércitos. En el periódico La jornada, Elena Poniatowska comentó, "La Revolución también se hizo con enaguas (faldas) porque sin ellas, los soldados se habrían muerto de hambre, sed frío o tristeza." La mayoría eran cocineras, esposas, madres, y enfermeras. Algunas que se encontraban sin protección masculina vendían sus servicios sexuales. Según algunos historiadores, también sirvieron como espías, mensajeras, y estuvieron al frente en el campo de batalla.

La contribución más importante que hizo la mujer durante la Revolución fue el de seguir al jefe de su familia a donde él se iba. Al comienzo de la Revolución, no todos los hombres se llevaban a sus mujeres ya que no en todos los ejércitos se les permitía estar. Uno de los grandes oponentes a la presencia femenina en los ejércitos era Pancho Villa. Sus Dorados, como les llamaban a los de su ejército, tuvieron que soportar esa difícil condición. Muchos batallones pudieron continuar de esa manera por mucho tiempo, otros por lo contrario descubrieron lo indispensable que era la presencia femenina dentro de los batallones. Los revolucionarios comenzaron a llevarse a sus esposas; ellos tomaban las armas en sus manos, ellas cargaban su hogar en sus espaldas. A la mayoría de esa mujeres no les importaba de qué lado estaban sus maridos, ellas los seguían fielmente a donde ellos iban. En el libro de Elena Poniatowska *Las soldaderas*, se menciona, "John Reed le preguntó a una soldadera por qué luchaba en las filas villistas. La rielera señaló a su hombre y le contesto: Porque él lo hace" (14). Así que el término de la soldadera se desarrolla de la costumbre de la mujer de seguir al marido a todas las batallas, tal como se canta en el corrido "La Rielera".

Durante la Revolución las mujeres siempre debían de estar listas para cualquier cosa; andando en la guerra tenían que estar preparadas para la hora de partida o por si se presentaba alguna batalla inesperada. En *Hasta no verte, Jesús mío,* Jesusa nos cuenta sobre su experiencia como esposa, "< ¡Ya levántate! ¡Prepárate porque vamos a salir para donde se nos haga bueno!>... Yo nunca me quite los pantalones... tenía que traer los pantalones puestos a la hora que tocaran: < ¡Reunión, Alevante!> pues vámonos a donde sea..."(113). Al igual que Jesusa, las mujeres de la Revolución siempre estaban dispuestas y preparadas para continuar la batalla junto a sus maridos. A pesar de que la pobreza durante las batallas era extrema, las mujeres preferían seguir a su pareja que quedarse solas. Ellas se imaginaban la vida que llevarían estando al lado de un revolucionario, pero aún así se iban con ellos. Como siguieron a sus maridos a todos lugares, las mujeres pudieron ayudarlos a sobrepasar las tragedias y destrucción que trae consigo la guerra. Es por esta razón que la contribución de las fieles esposas fue trascendental durante la Revolución.

Poco a poco los pueblos fueron abandonados, pues los soldados se llevaban a toda la familia a donde ellos fueran. Tal como lo describe Jesusa en la novela, los hombres se llevaban a sus mujeres a la Revolución. Ellas continuaban con su rol de ser mujeres calladas, sumisas, y madres abnegadas, tan representativo en la mujer tradicional mexicana. No sólo seguían lealmente a sus esposos, también cuidaban de sus hijos, tal como si estuvieran en casa. Muchas de las mujeres, a pesar de estar embarazadas, se unían al batallón junto con sus maridos. La mayoría de ellas paria en cualquier lugar, así que muchas veces los recién nacidos no sobrevivían. En *Las Soldaderas*, una mujer compartió, "...el primer hijo no había nacido... yo estaba enferma y el bebé nació en el desierto igual que aquí y murió porque no conseguimos agua" (15). Las mujeres corrían el riesgo de morir en el parto, pues no había la atención necesaria para atenderlas mientras daban a luz. Al perder a sus hijos, las mujeres tenían que continuar con su vida cotidiana de soldadera. Los hijos que lograban sobrevivir, tenían con ellos a madres quienes los cuidaban en todo momento. En el artículo *"Soldaderas" and the Staging of the Mexican Revolution* por Alicia Arrizon se comenta, "Sometimes, they went into combat carrying their children on their backs"(96). Nunca dejaban a sus hijos, ni siquiera cuando estallaban en batalla. Al quedar viudas, muchas mujeres seguían a algún grupo de soldados para así obtener dinero y mantener a sus hijos. Las mujeres hacían lo que era necesario para criar a sus hijos, aún en los momentos más críticos de la guerra.

Las mujeres mantenían viva la Revolución alimentando a sus esposos, o en muchos casos a sus acompañantes. Ellas cargaban en sus canastos todos los utensilios necesarios para cocinar en cualquier lugar en donde descansaran. En *Hasta no verte Jesús mío*, Jesusa rememora, "Yo iba nomas con mi canasta en el brazo: plato, taza, jarro, una cazuela para hacer café o freír alguna cosa que fura a comer mi papa" (86). Cuando viajaban en el tren, en cuanto éste se detenía ellas comenzaban a cocinar. Jesusa asegura que algunas veces era necesario cocinar arriba del tren, especialmente cuando viajaban largas distancias sin detenerse.

Las cocineras, que eran la gran mayoría de las mujeres, quienes andaban con el ejército hacían hasta lo imposible por conseguir comida. De acuerdo con Jesusa, las soldaderas eran enviadas adelante de la tropa para que buscaran comida, "A nosotras las mujeres nos mandaban de avanzada... Al llegar procurábamos prepararles la comida" (86,87), así cuando los hombres arribaban la comida ya estaba preparada. En algunas ocasiones las mujeres tenían que pelear con los ciudadanos del pueblo para lograr conseguir algo de comida. En su artículo *Battleground Women:* *Soldaderas* *and Female Soldiers in the Mexican Revolution*, Andrés Resendéz Fuentesmenciona, "...some of the soldaderas intended to buy turkeys from a family in Morelos; since the owners were Zapatistas and did not want to sell, the soldaderas forced their way in and took what they needed" (542). La mayor parte de los pueblos apoyaban a algún grupo revolucionario, cuando llegaban las mujeres de los contrarios, el pueblo entero se oponía a proveer comida. Ellas se veían obligadas a robar como se explica en el libro *La Adelita,* "Cuando se los negaban, robaban las gallinas y reventaban algún costal de maíz... La gente les tenía miedo por bragadas, por fuertes" (1).

Eran ellas, las soldaderas, también, las encargadas de adquirir el agua; algunas veces era necesario caminar bastantes kilómetros para conseguir un poco de agua para la tropa. Algunos ejércitos, como los zapatistas, preferían que sus mujeres permanecieran en el pueblo y desde ahí apoyaran al batallón con alimentos. Esas mujeres estaban encargadas de nutrir a todo zapatista que pasaba por su pueblo y de ocultar los alimentos a los enemigos.

Como la comida es indispensable para la sobrevivencia, los ejércitos la usaban como método de manipulación. Cuando un pueblo sabía que los del bando contrario arribarían pronto, tomaban sus víveres y huían al cerro, así los otros no obtendrían alimentos. Esta era una buena estrategia para mantener al enemigo débil. En esos casos no sólo sufrían los hombres que peleaban al frente de la batalla, sino que también las mujeres y sus hijos. Decimos esto puesto que las mujeres eran las responsables de buscar los alimentos y al no encontrarlos en el pueblo más cercano se veían obligadas a caminar largas distancias. Algunas veces, las mujeres eran forzadas a alimentar a sus enemigos. Los Carrancistas por ejemplo, se robaban a las mujeres sólo para que les cocinaran, luego ellas regresaban a sus pueblos o con su ejército. Cuando no tenían mujeres en los ejércitos, los hombres tenían que buscar los alimentos, lo cual consideraban algo bastante desgastante. Esa fue una de las razones por las cuales la mayoría de los grupos revolucionarios decidieron incluir mujeres en la tropa. Los historiadores se olvidaron de mencionar todos los estragos que pasaban las mujeres para obtener alimentos para los valientes revolucionarios.

Una suma importante de mujeres que contribuyó a la Revolución acompañando a los soldados. Sin la compañía femenina, los hombres no habrían soportado tanto tiempo en el campo de batalla, ya que peleaban lejos de casa. Pero la necesidad de compañía era mutua; las mujeres necesitaban protección y los hombres necesitaban su compañía. Así que a pesar de que muchos aseguran que el sexo débil, o sea las mujeres, no debían ser parte del ejército, fueron ellas las que mantuvieron la Revolución viva.

Para poder atacar al enemigo, los revolucionarios necesitaban tener espías. Fueron precisamente las mujeres quienes desempeñaban esa peligrosa tarea. Una de las estrategias que utilizaban las mujeres para averiguar los planes del enemigo era prestando su servicios domésticos. Algunos soldados contrataban, temporalmente, a mujeres para que se encargaran de ellos; las espías aprovechaban ese tipo de situaciones para obtener información para los de su tropa. Resendéz Fuentes comenta al rescpecto, "One ploy was to have female soldiers intermingle with the enemy's camp followers which constituted precious networks of information" (546). En ciertas ocasiones, no era necesario permanecer mucho tiempo en el campamento del enemigo para adquirir información. Como la mujer desempeñaba varios roles, era fácil pasar desapercibida. Por ejemplo, en una ocasión algunas mujeres se hicieron pasar por vendedoras y en tan sólo unas horas su cuadrilla sabia detalles del enemigo.

En la Revolución, tanto los insurgentes como las tropas federales, usaron la estrategia de espiar durante toda la guerra. Varias mujeres se distinguieron por hacer este fundamental trabajo. Una de las espías más famosas fue Petra Herrera, quien se unió a las fuerzas armadas de Venustiano Carranza. Otra importante espía fue una mujer a quien le apodaban "Chiquita", fue ella quien protagonizó una de las mejores operaciones de espionaje durante el levantamiento de armas en Chihuahua. Haciéndose pasar por enfermera, se infiltró con el enemigo y consiguió información de alto valor. El General Francisco Villa se valía de espías para averiguar información y sabía que no sólo él usaba esa estrategia. Por temor a ser el blanco de un espionaje, mandó ejecutar a más de 90 mujeres en Camargo, Chihuahua. Precisamente así de despiadado describe Jesusa a Villa; lo acusa de asesinar a mujeres.

Las mujeres no sólo contribuyeron como espías, sino que mediante ellas se pasaba e infiltraba información elemental de lugar en lugar; así que eran una especie de mensajeras. Tanto los insurrectos como los federales trataban de mantener información esencial privada. Si necesitaban mandar algún mensaje, usaban a las mujeres para hacerlo. Para despistar al enemigo, algunos hombres usaban a sus propias esposas para comunicarse con algún compañero. Poco se reconoce el gran valor que las mujeres mostraron arriesgando su vida para obtener y pasar información.

Los ejércitos rebeldes necesitaban armamento para continuar en la batalla. La única manera de conseguirlos era ilegal, pero era indispensable; así que la vestimenta de las soldaderas era perfecta para esconder objetos, el armamento fue uno de esos objetos. Como Estados Unidos era el país que más armas enviaba para apoyar a las tropas federales en México, unas mujeres se atrevían a pasar armamento, clandestinamente, de un país a otro. Reséndez- Fuentes indica:

Women and children took active roles in transporting ammunition and equipment across the border... women wore small belts under the skirt that dropped near the knees where they carried hundreds of rounds of ammunition. Countless rifles and machine guns were also smuggled into Mexico, many by soldaderas. 543

Una notable parte del armamento que ellas importaban era robado. Como las mujeres parecían indefensas, no levantaban sospechas de estar en el contrabando de armas. Mujeres de varias clases sociales fueron participes en el contrabando de armas, de diferentes maneras. Ciertas mujeres intelectuales donaron su dinero para la compra de municiones; ayudaban a colectar y a repartir armamento. Carmen Serdán Alatriste, también conocida como "Juan Serratos", fue una de estas grandes contrabandistas que se encargaba de distribuir el armamento. Insuficiente mérito se les ha dado a las soldaderas quienes ponían su vida en peligro para conseguir pertrechos para los revolucionarios.

Las soldaderas dedicaron parte de su servicio a curar a los heridos, ahí pudieron ser testigos de la crueldad de la Revolución. Al comienzo de la rebelión, algunos ejércitos se negaron a llevar mujeres; tras varias batallas se dieron cuenta que la ayuda de enfermeras era vital. Los soldados tenían suficiente trabajo estando siempre alerta para la batalla, así que era sumamente difícil ocuparse también de los heridos.

La presencia femenina era indiscutiblemente importante para asistir como enfermeras, ya que los heridos eran bastantes en cada ejército. Macías señala, "During the fighting, a number of women served as nurses, both on the field of battle and behind the lines" (70). Tras finalizar una batalla, las enfermeras iban en busca de heridos y difuntos al campo de guerra. En una ocasión Jesusa experimentó como enfermera, "Mientras fuimos Pedro y yo a la Hacienda del Salado, ordenaron que la gente del general Juan Espinosa y Córdoba fuera a levantar el campo porque los villistas habían volado el tren de pasajeros de Conchos a Chihuahua..." (165). Las enfermeras los atendían en el campo de batalla y después los transportaban al hospital más cercano. En ciertas ocasiones no había un hospital cerca, así que los regresaban al campamento con el resto del grupo.

No sólo las mujeres de las clases bajas prestaron su servicio a las tropas, como enfermeras, sino también mujeres educadas e intelectuales. Beatriz González, directora escolar en Zacatecas, convirtió la escuela en un hospital. En ese lugar se atendía a todo soldado herido, sin importar a que ejercito pertenecía. Se presume que la mujer quien inspiró el corrido de "La Adelita" fue una enfermera, quien prestó sus servicios al país desde una corta edad. Con su ayuda, las enfermeras lograron poner de pie a los soldados para que continuaran en la batalla.

No todas las mujeres que contribuyeron en la Revolución mexicana estaban ahí por su propia voluntad. Cuando llegaban los soldados a algún pueblo lo primero que buscaban eran mujeres. En *Las Soldareras* se explica, "... lo primero que querían los revolucionarios al llegar a un pueblo era mujeres y dinero, en ese orden. Después se preocupaban por la comida, las armas, y los caballos" (15). Muchas de las mujeres eran raptadas y obligadas a seguir a la tropa. Se las llevaban con ellos pues estaban al tanto de lo fundamental que eran las mujeres para seguir adelante con la guerra. Jesusa describe, "Ese nunca tuvo mujer. él se agarraba a la que más muchacha, se la llevaba, la traía y ya que se aburría de ella la aventaba y agarraba otra" (126). Era de esa manera que algunas mujeres, involuntariamente, eran arrastradas a ser soldaderas. Cuando el hombre tenía poder, él podía tomar y dejar a cuanta mujer quisiera.

Algunos ejércitos, como los zapatistas, bajaban del cerro por las noches para atrapar a las mujeres. Al contrario de los demás, ellos regresaban a las mujeres a su pueblo de origen a la mañana siguiente. Esperanza Martínez rememora esas experiencias en el libro *The Mexico Reader,*"The government soldiers, and the rebel soldiers too, violated the young girls and married women. They came every night and the women would give great shrieks when they were taken away. Afterward, at daybreak, the women would be back in their houses" (381). Los hombres arrasaban con toda mujer que se encontraban a su paso. En el norte, Pancho Villa y un grupo de hombres entraron a un convento y se robaron a las monjas. Meses después, todas ellas fueron encontradas en un hospital a punto de dar a luz. Había tanto temor de que raptaran a sus mujeres que muchas familias optaban por mandarlas a las montañas, cuando sabían que algún ejército se acercaba. Otras se escondían en cualquier lugar para no ser halladas. Al cabo del tiempo y cansadas de ocultarse, decidieron dejar las enaguas para vestirse de hombres. Era una de las mejores estrategias para no ser arrastradas involuntariamente a la Revolución.

Ya siendo parte de la tropa, las mujeres que habían sido raptadas no les quedaba otra opción más que acostumbrarse a la vida de soldadera. Un muy buen ejemplo de esas mujeres es el personaje de Isabel en la película "La Cucaracha"; aunque ella no fue raptada, tuvo que quedarse en la tropa de su difunto marido para poder sobrevivir, acostumbrándose así a la vida de soldadera. Cuando por desgracia no tenían a algún hombre que las protegiera, tenían que prostituirse para sacar dinero para mantenerse. Las mujeres que andaban con sus familias, como Jesusa con su padre, no tenían que buscarse a un hombre para que las ayudara. Jesusa relata, "Yo no tenía la culpa de que el pagador me entregara a mí el dinero... Yo sabía que le tenía que comprar a mi papá sus cigarros, darle sus alimentos..." (89). Aunque el sueldo era poco, esas mujeres sabían que tenían suficiente dinero para comprar lo indispensable para ellas y sus soldados.

Ciertas mujeres se unían, por conveniencia, con un soldado durante un tiempo, para así cobrar el poco sueldo que a ellos les pagaban. Algunas veces el soldado tenía más de una mujer y cuando iban a cobrar el dinero se pelaban entre ellas. En una ocasión Jesusa fue agredida y agredió a la mujer quien era amante de su padre:

...me maltrataba en las calles... me gritó horrores de la vida de mi papá...Levanté una piedra, uy, la aventé con mucha fuerza y le pegó en el pecho. Luego se cayó para atrás que voy y que me le monto encima... Me quité luego el zapato y le di con el tacón. Le estuve taconeando toda la cara y la cabeza. (89,90)

La Revolución orilló a las mujeres a tomar drásticas decisiones para poder sobrevivir, especialmente cuando no tenían a un hombre a su lado.

No sólo los hombres estuvieron al frente en el campo de batalla, sino que también las soldaderas. Algunas de estas mujeres tenían que vestirse de hombres para hacerse respetar entre sus compañeros y también para poder escalar de rango militar. La sociedad mexicana, de ese tiempo, estaba regida por hombres; por lo tanto una mujer no podía aspirar a obtener altos honores en su cuadrilla militar. Como resultado al disfrazarse de hombres, tenían que cambiar su nombre. En *Las Soldaderas* se da un ejemplo, "Lo mismo le pasó a Petra Ruiz. Disfrazada de hombre, se unió a los carrancistas con el nombre de Pedro. Le apodaron "el Echa Balas", por su carácter violento" (16). La mayoría de las veces los hombres no se daban cuenta que estaban bajo el mando de una mujer porque ellas sabían ocultar muy bien su verdadera identidad.

Otras mujeres decidieron seguir siendo ellas mismas, a pesar de eso, lograron el respeto y admiración de muchos varones. En la novela, Jesusa proporciona un ejemplo de dicha mujer, "...ella se tiraba como los demás al suelo, y así iba avanzando y disparaba su fusil... Todos la obedecían. Revisaba la puntería de los hombres. Entrenaba la caballería. Conocía el calibre de las balas y con su papá planeaba ataques y defensas" (105,106). Las soldaderas trabajaban como militares junto con los hombres; hubo muchas de ellas que a base de su esfuerzo y dedicación se ganaron un lugar de prestigio. Entre esas mujeres estuvo Carmen Parra de Alanís, quien formó parte de varias batallas zapatistas. Se presume que Emiliano Zapata fue uno de los pocos que siempre reconoció la participación de las mujeres en el campo de batalla. Macías reporta, "...Emiliano Zapata himself signed the papers promoting her [María de la Luz Espinosa Barrera] to lieutenant colonel" (75). Era en su ejército que las mujeres lograban alcanzar rangos altos. Sin embargo, con Pancho Villa fue realmente difícil superarse siendo mujer, esto de acuerdo con algunas fuentes históricas.

Conforme la Revolución avanzaba, más populares se hacían las mujeres que tomaban las armas para comandar a un grupo de guerreros. Petra Herrera antes de ser expulsada del ejército por ser mujer, reunió a un grupo de mujeres para ponerlas bajo su mando. Poniatowska remarca el carácter de Herrera como soldadera, "Soy mujer y voy a seguir sirviendo como soldada con mi verdadero nombre" (17). Herrera comenzó su ejército con tan sólo veinticinco mujeres, después el número ascendió a más de mil soldaderas. Al pasar por los pueblos, las mujeres invitaban a las pueblerinas a unirse a la Revolución. Un soldado asegura que Villa jamás reconoció que Petra Herrera, junto con su ejército de mujeres, fueron las que tomaron varias ciudades; Villa siempre se quedó con todo el crédito. Algunas mujeres que comandaban no llegaron a probar el sabor de la derrota, pues de acuerdo con algunos testimonios, muchas de ellas no perdieron ninguna batalla. Ciertas mujeres se destacaron mostrando su valentía, si tenían suerte se les ofrecía un cargo importante como a Jesusa, "...al ver que yo me responsabilicé de la gente, me dijo:- Quédate al mando de la tropa del difunto capitán Aguilar... Los soldados me han rendido un parte diciendo que tú los dirigiste a la hora en que tu marido murió y en cambio el mayor se hizo a un lado..." (170). Eran estrategas y de sangre fría en el campo de batalla es por eso que algunas lograron tener puestos importantes.

Al quedar viudas, un gran número de mujeres tomaban el arma de sus parejas para continuar en la batalla. Jesusa Palancares describe esto en el momento en que ella quedó viuda y debe comandar al grupo de su marido, "Como a las cuatro de la tarde mi marido recibió un balazo en el pecho y entonces me di cuenta de que andábamos solos... ya estaba muerto... Yo le dije a Palemón: -Adelántate haciendo fuego en retirada con rumbo al río Grande y que no se quede ninguno de los muchachos"(167). Fueron valientes mujeres como Jesusa quienes siguieron en el combate, a pesar de ya no tener a un hombre a su lado. De las decisivas batallas en que las mujeres comandaron se habla muy poco.

Las soldaderas estaban expuestas a muchas condiciones a lo largo de la Revolución. Tenían que caminar a cualquier lugar que iban, "Caminaban todo el día porque los caballos eran para los hombres..." (Poniatowska 1). Eran ellas las que estaban encargadas de proveer la comida, a cualquier costo; caminaban kilómetros para obtenerla, ya que no podían usar los caballos. En ciertas ocasiones, las mujeres pasaban hambre por alimentar a los soldados. A la hora de dormir, se acostaban en cualquier lugar junto con sus hijos. Viajaban largas horas arriba del tren porque dentro de los vagones iban los caballos; de esto Jesusa hace mención, "Teníamos que ir sentados todos arriba en cuclillas porque de lo que se trataba era de que la caballada fuera resguardada... primero que nada las bestias" (124). Les daban más importancia a los caballos que a sus propias mujeres. No importaba los cambios climatológicos, ellas siempre estaban al lado de sus maridos. A todas horas necesitaban estar alerta, pues muchos hombres intentaban abusar de ellas. Algunas sufrían de violencia por parte de su marido, como en el matrimonio de Jesusa, "Para todo golpeaba Pedro , como la mayoría de los hombres de la corporación que trataban a sus mejores a punta de cintarazos: <Camine, chencha, ándele>, el caso era traerlas a mal traer. Pedro agarraba y me daba con la cacha de su pistola en la cabeza..." (128). Estas mujeres pudieron sobrevivir durante las batallas de la Revolución mexicana gracias a su fortaleza, como lo describe Elena Poniatowska en *Las Soldaderas*, "Paradas o sentadas junto a su hombre, nada tienen que ver con la grandeza de los poderosos. Al contrario, son la imagen misma de la debilidad y de la resistencia" (13).

Pasaron desapercibidas las contribuciones que hicieron las mujeres en la Revolución. Algunos aseguran que personajes como la Adelita y la Cucaracha jamás existieron; dichas personas aseguran que las mujeres no tomaron las armas. Creen que la ayuda de las soldaderas no fue transcendental para la Revolución; con ellas o sin ellas se habría logrado lo mismo, tal como lo explica Resendéz Fuentes en su artículo. Durante la Revolución algunos ejércitos no incluían mujeres, pero sí se aprovechaban de los servicios que éstas proveían. Por ejemplo, Pancho Villa no reconocía el logro que tenían algunas mujeres, quienes tomaban las armas, él creía que las mujeres no debían de ser parte de los ejércitos. Sin embargo, cuando llegaba a un pueblo, obligaba a las mujeres a que lo sirvieran, junto con sus hombres. A pesar de que se ha negado que las mujeres participaron en la Revolución, los reportes fúnebres indican, "Hundreds of thousands of women (it is believed that as many as two million Mexicans perished between 1910 and 1920) died in the gratuitous slaughter that marked the period or perished as a result of disease, exposure and hunger" (Macías 75). No se puede negar la ayuda que aportaron las mujeres a la Revolución, aunque algunas personas aún duden de su gran contribución.

Las mujeres que contribuyeron en la Revolución no recibieron reconocimiento por parte del gobierno mexicano. El gobierno de Venustiano Carranza discriminaba a las mujeres. Cuando éste llegó al poder, los ejércitos de mujeres fueron disueltos y las de mayor importancia fueron destituidas de sus rangos. A pesar de que Carranza había trabajado junto con mujeres, como Petra Herrera, no reconoció la simbólica cooperación que éstas hicieron.

A la mayoría de los veteranos se les dio una pequeña indemnización, pero no a las soldaderas. Éstas ni siquiera cuando sus maridos morían en la batalla obtenían el dinero que por derecho les pertenecía. A Jesusa también se le negó lo poco que le correspondía, "-Si estuvieras vieja [Jesusa], te pensionaba el gobierno, pero como estás muy joven no puedo dar orden de que te sigan pensionando... Pero Carranza se quedó con mi dinero, maldecido. A él si lo mantuvo y sigue manteniendo a los revolucionarios que están en la gloria..." (178). El gobierno se quedó con el dinero que le pertenecía a las soldaderas, así que ellas regresaron a casa con sus hijos y con las manos vacías. Como la mayoría de ellas no habían sido educadas, buscaban cualquier tipo de trabajo para sobrevivir. Fue así como el número de prostitución incrementó a lo largo y ancho de México. Muchas se vieron obligadas a mudarse a las grandes ciudades para trabajar como sirvientas; las que no corrían con suerte de encontrar trabajo, pedían limosna. Jesusa asegura que ella jamás pidió limosna, pero que en diversas ocasiones se dormía con el estómago vacío. Se cree que Valentina Ramírez, en quien está inspirado el corrido de La Valentina, murió en la pobreza. Algunas, que no vieron futuro próspero en México, emigraron a Estados Unidos. Las soldaderas tuvieron que buscar la forma de sobrevivir después de la Revolución, pues su apoyo no fue valorizado por el gobierno por lo tanto no recibieron indemnización por su servicio.

Décadas posteriores a la Revolución, algunos cineastas y artistas hicieron el esfuerzo de reconocer el gran valor de las soldaderas. En varias cintas como *La Cucaracha* y *La Soldadera* se refleja claramente la contribución de la mujer durante las batallas revolucionarias. Las películas muestran los diferentes roles de la mujer, dándole así al espectador una idea de los estragos de la soldadera. Algunos mexicanos como Diego Rivera y José Clemente Orozco rindieron tributo a las soldaderas mediante sus pinturas. Aunque la contribución de las soldaderas fue mermada por los historiadores, gracias al arte se conoce sobre su servicio al país.

Inmensas fueron las aportaciones, por parte de la mujer, que hicieron posible la Revolución. A pesar de que no se les da mucho crédito, fueron ellas las que mantuvieron la guerra viva; sirviendo de cocineras, esposas, madres, amantes, espías, enfermeras, militares, etc. Jesusa Palancares, en la novela *Hasta no verte Jesús mío*, es un ejemplo vívido de las contribuciones de la mujer en la Revolución Mexicana.

Yo te doy agua.

Yo cargo las ollas y las cazuelas para hacerte tu comida.

Yo te lavo tu ropa.

Yo junto leña para hacer lumbre.

Yo te aceito tu fusil.

Yo cargo tus cartuchos y tu máuser.

Yo te hago casa.

Yo soy tu colchón de tripas.

Yo tengo a tu hijo en la trinchera.

Al que se te acerque, yo me lo trueno. (Robles 1)

Bibliografía

Arrizón, Alicia. "Soldaderas and the Staging of the Mexican Revolution." *TDR* 42.1(1998): 90-112. Web.

Bruce-Novoa, Juan. "La novela de la Revolución Mexicana: la topología del final." *Hispania* 74.1 (1991): 36-44. Web.

Chang-Rodríguez, Eugenio. *Latinoamérica: su civilización y su cultura*. 4th ed. Boston: 2008. Print.

---. "La novela de la Revolución Mexicana y su Clasificación." *Hispania* 42.4 (1959): 527-535. Web.

*Enamorada*. Dir. Emilio Fernández. Panamerican Films. Film

Green, James N., Smith, Peter H., and Skidmore, Thomas E. *Modern Latin America*. 4th ed. New York: 2010. Print.

Hancock, Joel. "Elena Poniatowska's Hasta no verte Jesús mío: The Remarking of the Image of Woman." *Hispania* 66.3 (1983): 353-359. Web.

Lewis, Oscar. "Pedro Martínez". *The Mexico Reader*. Gilbert M. Joseph and Timothy J. Henderson. London: 2002. 375-386. Print.

*La Cucaracha*. Dir. Ismael Rodríguez. Azteca Films, 1959. Film.

Macías, Anna. "Women and the Mexican Revolution, 1910-1920." *The Americas* 37.1 (1980): 53-82. Web.

*Memorias de un mexicano*. Dir. Salvador y Carmen Toscano. Film.

Mendoza, Vicente T. *El Corrido Mexicano*. Distrito Federal: 1995. Print.

Poniatowska, Elena. *Hasta no verte, Jesús mío.* 1ra ed. de bolsillo. Barcelona: 2002. Print.

 ---. *Las Soldaderas*. Distrito Federal: 1999. Print.

Resendéz-Fuentes, Andrés. "Battleground Women: *Soldaderas* and Female Soldiers in the Mexican Revolution." *The Americas* 51.4 (1995): 525-553. Web.

Robles, Fernando, and Elena Poniatowska. *La Adelia.* Distrito Federal: 2006. Print.